

Once vidas

Mark Watson

**Traducción
de Isabel Margelí**

Rocaeditorial

Para Kit

Noche gélida de febrero. Londres se va cubriendo de nieve. Los copos bailan a la luz de las farolas y se acumulan en torno a los coches aparcados.

Al oeste de la ciudad, junto a un edificio de hormigón, un zorro escuálido cruza un parking en busca de calor; en unas horas, sus huellas sugerentes fascinarán a los más madrugadores. Cinco pisos más arriba, por las ventanas siempre limpias de una emisora de radio, Xavier Ireland observa cómo el zorro se hace un rinconcito, a la sombra de un contenedor de metal para reciclaje.

—Yo de vosotros me quedaría en casa, bien calentito, y seguiría llamando —aconseja Xavier a sus oyentes invisibles, repartidos por Londres—. Y ahora vamos a hablar con un hombre que se ha casado tres veces... y se ha divorciado otras tantas.

—Uf —mete baza Murray, copresentador y productor, muy en su estilo, y le da un toque a un botón para que empiece el siguiente tema.

—Vaya plan el de ahí afuera —comenta Xavier.

—Por la mañana será un ca-ca-caos —tartamudea Murray.

En 2003 Xavier trabajaba en la emisora de mensajero, haciendo té o conectando los cables en la cabina del estudio, cuando vio la nieve por primera vez. Hacía solo unas semanas que había llegado de Australia, se había cambiado el nombre

—antes era Chris Cotswold— y se había entregado a la idea de empezar una nueva vida en este país lejano, en el que vivió de crío pero al que no había vuelto. Igual que entonces, le impresionó lo frágil que era cada copo por sí solo y la ingente cantidad de ellos que era necesaria para cubrir una calle. Pero, al mismo tiempo, esa visión poco acostumbrada y el frío glacial no hacían más que recordarle que entre él y su hogar, entre sus amigos y él, se extendía la mayor parte de la Tierra.

Con el tiempo, Xavier ascendió de mensajero a ayudante de Murray, papeles que se acabaron intercambiando, así que ahora es Xavier el consejero de una amplia e insomne circunscripción.

—Es que no entiendo qué tengo de malo —dice el oyente que ha llamado, un maestro de cincuenta y dos años que vive solo en una urbanización de Hertfordshire.

La conexión del móvil flaquea y le corta la mitad de las frases. Murray se cruza la garganta con el dedo para indicar que pasen a otra llamada —esta ya dura tres minutos largos—, pero Xavier sacude la cabeza.

—A ver, soy buena persona —continúa el maestro deprimido, que se llama Clive Donald y, una vez haya colgado, se agarrará a un sueño irregular lo que queda de noche antes de levantarse, ponerse un traje gris y meterse en el coche con treinta libretas de mates dentro de una cartera de piel—. Doy..., doy dinero a una fundación, por ejemplo. Tengo varias aficiones. Digamos que a primera vista no tengo nada de malo. ¿Por qué no consigo que mis matrimonios funcionen? ¿Por qué sigo cometiendo errores?

—Es muy fácil dar por hecho que todo es culpa tuya —le dice Xavier, a él y a todos los demás oyentes de la ciudad—. Créeme: yo me he tirado meses, o más bien años, reviviendo errores. Al final me obligué a dejar de pensar en ellos.

Clive, lo bastante consolado como para irse a la cama a falta de algo mejor, le da las gracias a Xavier y se despide. Murray aprieta un botón.

—Y ahora, a disfrutar de las noticias y el tráfico —anuncia—. Hasta dentro de un segundo.

Murray se aleja por el pasillo y abre de golpe una salida de

incendios para poder fumarse un cigarro en el crudo exterior. La nieve cae con una furia poco británica, como aguanieve o granizo, y no con esa suavidad de pluma propia de las nevadas. Xavier toma café de un tazón amarillo con las palabras «PEZ GORDO» y un pez dibujado. Se lo regaló Murray un par de Navidades atrás, y en cierto modo se parece a él, por su funcionalidad tirando a chillona y su tamaño poco práctico.

A unos kilómetros de distancia, visible desde el estudio de Xavier solo en noches más claras, el Big Ben se estremece y da las dos.

—A continuación, los titulares —lee desde lejos una mujer que, con voz monótona, aparece de forma simultánea en emisoras de todo el Reino Unido—. Dentro de pocas horas, el país amanecerá con la mayor tormenta de nieve caída en diez años.

Curioso giro lingüístico, piensa Xavier para sí: «El país amanecerá», como si el Reino Unido fuese un internado gigantesco y silente, sacudido por el timbre de la mañana. Como atestigua el éxito de la franja de cuatro horas de Xavier, solo en Londres existe una enorme comunidad fantasma que pasa las noches en vela por toda clase de razones: horarios laborales, aficiones insólitas, culpa, miedo o enfermedad..., o, por supuesto, simple pasión por el programa. Xavier vuelve a mirar por la ventana atascada y se imagina el Londres tranquilo y nevado que se extiende varios kilómetros ahí fuera. Se hace una imagen de Clive Donald, el profesor de matemáticas, colgando despacio el teléfono después de la llamada, poniendo agua a hervir y sacando instintivamente dos tazas del armario para luego devolver una de ellas. Piensa en todos los que suelen llamar: camioneros que toquetean el dial cuando la señal se pierde al dejar Londres por la M1, señoras mayores sin nadie con quien hablar... Luego dedica un pensamiento fugaz al medio millón de personas que pueblan la noche londinense, más allá del aparcamiento con su zorro escurridizo, sus esquinas silenciosas y, hoy, las rodadas que se van formando en la nieve.

Un alumno de Clive Donald, Julius Brown, de diecisiete años y ciento treinta kilos de peso, llora en silencio encerrado

en su cuarto. Pese a sus sesiones de ejercicio en el gimnasio, parece incapaz de vencer su obesidad. A los catorce se medicó contra la epilepsia y como efecto secundario ganó un peso brutal, y aunque ningún médico sabe explicarlo, sigue ensanchándose a ojos vista cada vez que come algo. Los días en la escuela rebosan de insultos: la gente hace ruidos de pedos cuando él se sienta, las chicas se ríen de esa forma tan enigmática al pasar él en el recreo... Tiene un nivel muy avanzado en varias asignaturas, incluida tecnología de la información, pero supone que acabará llevando un servicio de asistencia para personas delgadas cuyo ordenador no funciona. Siente la nevada sin necesidad de mirar al exterior: hacía un frío de muerte al salir del restaurante donde trabaja algunas noches. Daría lo que fuera por que mañana anularan las clases.

Hay otros que piensan justo lo contrario, como Jacqueline Carstairs, madre de un chico unos cursos por debajo del de Julius. Trabaja como periodista *free-lance*, y su forma de teclear es rápida y agresiva, como si tocara al piano un tema de rock. Ha quedado con su marido en que él llevará a Frankie al colegio al día siguiente, para que ella pueda acostarse tarde y acabar su artículo sobre un vino chileno; en el caso de que haya clases, también mañana podrá trabajar en paz. Con la agudeza de oído que da el haber criado a un hijo, capta el blando y casi imperceptible sonido de la nieve al caer sobre el contenedor de plástico de fuera. Teclea en un buscador el nombre de un actor chileno, ahora establecido en el Reino Unido, que aparece en un anuncio del vino sobre el que ella está escribiendo.

La psicóloga del actor, la doctora Maggie Reiss (pronunciado «Rais»), está sentada en el váter de su casa en Notting Hill. Originaria de Nueva York, ejerce en Londres desde 1990 y ya cuenta con una larga lista de clientes famosos de los mundillos del espectáculo, los negocios y la moda. Hace dos años le diagnosticaron síndrome de colon irritable, lo que ella atribuye a las actitudes poco razonables de muchos de sus clientes: sus exigencias, su engreimiento y hasta, a veces, su agresividad. Sentada bajo la reproducción de un cuadro de Klimt cuyo original está en el MOMA, mira por la ventana del cuarto de baño cómo se blanquean los tejados y las chi-

meneas. Se pregunta si hoy en día esas chimeneas se utilizan o si son más bien ornamentales, como tantas famosas excen- tricidades de Londres. Maggie lleva el camisón de seda roja recogido en su regazo. Suspira y se acuerda de uno de sus clientes más histéricos, un político que —en este momento— engrosa el número de londinenses que cometen adulterio. En la sesión de hoy ha estado especialmente difícil, con sus ab- surdas amenazas de demandarla si violaba la confidenciali- dad. «Que se vaya al infierno —piensa Maggie, y su estó- mago se revuelve y protesta—. No tengo por qué estar así. Por mí ya se puede morir.»

Unas puertas más allá, George Weir, albañil jubilado, se está muriendo de verdad. Ambos se han saludado por la calle varias veces, pero no han hablado nunca. Mientras Xavier se bebe el café cinco kilómetros al oeste, George agoniza a causa de un infarto, y jadea desesperado en busca de un aire que de pronto parece separado de su boca por alguna pantalla invis- ible. Se retuerce palmo a palmo para llegar hasta el teléfono y llamar a su hija, pero es demasiado tarde; en cualquier caso, ella ya no podría hacer nada. George nació en Sunderland se- tenta años antes, esa misma semana. Mañana pensaba ir a su partida de petanca, aunque de hecho se cancelará debido al tiempo, y a la semana siguiente se cancelará de nuevo como muestra de respeto hacia él.

Uno de los últimos pensamientos de George Weir en esta tierra es el recuerdo de cuando tuvo que declinar un verbo la- tino: *audere*, atreverse. Se encalló a la mitad y el señor Par- tridge le golpeó en los nudillos. Más de cincuenta años des- pués, le viene a la cabeza cómo era ese verbo. Mientras lucha en vano por respirar, también se acuerda de cuando supo que el señor Partridge había muerto, hará unos veinticinco años, y de la vaga satisfacción que sintió porque, al fin, se fuera extin- guiendo la generación de puristas y sádicos que había amara- gado sus días de escuela. Pero ahora, inconcebiblemente, es el propio George quien se muere, y el tiempo lo ocultará de forma tan inexorable como al señor Partridge y a todos los demás.

«Jesús —piensa, aunque nunca ha sido un hombre reli-

gioso ni emocional—, Jesucristo, no dejes que ocurra.» Pero ocurre. En breve, George sufrirá un paro cardíaco; cuando Xavier y Murray se vayan a casa, él ya aguardará, con la cabeza recostada y la boca abierta e inmóvil, a que lo encuentre un vecino de Maggie. Dentro de unos días, un coche fúnebre con su cuerpo avanzará con solemnidad entre la nieve fundida camino del cementerio de Abbey Park. Desde su cuarto de estar, Xavier lo vislumbrará un instante, igual que ahora contempla por la ventana este lienzo de episodios velados y minúsculos.

—En el aire en cu-cu-cuarenta y cinco segundos —dice Murray, que se recoloca en su silla giratoria y se mueve suavemente adelante y atrás.

Xavier piensa un momento en su primera experiencia con la nieve, una noche de hace cinco años, y luego regresa rápidamente al presente: el frío estudio y los oyentes que esperan al teléfono.

Cuando vuelven a casa, pasadas las cuatro, la nieve ya coge espesor en las calles. Xavier, con su considerable metro noventa y dos, va en el asiento del acompañante, con la chaqueta de piel bien ceñida al cuerpo y tamborileando con los pies en el suelo para entrar en calor. Murray, robusto y con una buena mata de pelo, va haciendo avanzar el coche a trancas y barrancas, como si quisiera animar a un caballo reticente.

—Hoy ha estado bien —comenta, y asiente con su gran cabeza de cabello rizado—. Aunque el hombre de las tres esposas era una lata. Tendríamos que haber cortado antes.

—A mí me ha parecido que había que escucharle. Estaba muy solo.

—Eres una buena persona, Xavier.

—Yo no diría tanto.

Se hace un silencio algo denso. Murray se aclara la garganta. El clic-clic obediente del limpiaparabrisas se suma a la impresión de que va a decir algo importante.

—¿Q-q-qué te parecería ir a una noche de citas rápidas? Mañana. En ese sitio de ca-ca-Camden.

—¿Qué?

—Ya sabes, citas rápidas. Conoces a un montón de mujeres. Y entonces...

—Sí, ya sé de qué va. Solo intento averiguar si lo propones en serio.

Murray se frota la nariz con la mano libre.

—A ver, l-l-los dos llevamos ti-tiempo solteros.

Su tartamudeo adquiere velocidad en los momentos incómodos, como si su voz fuese un viejo disco duro intentando descargar las palabras una por una. Las primeras sílabas son las más perjudicadas.

—Yo estoy muy contento así, tío.

—Yo no.

El coche hace un giro forzado en una esquina deslizante junto a un buzón, cuyos horarios de recogida quedan ocultos por una capa de nieve.

—Creo que no estoy en la situación ideal para ir a una fiesta de solteros. No puedo decir que soy Xavier de la radio. Imagínate qué incómodo sería si una de esas mujeres fuese una oyente.

—Pues usa tu antiguo nombre. Di que te llamas Chris. ¿Qué tenía de malo ese nombre, para empezar?

—Dé el nombre que dé, seguro que me preguntan en qué trabajo.

—Invéntatelo.

—Vaya, así que me pides que conozca a veinticinco extrañas y les mienta a todas una tras otra.

—Todas van a mentir —dice Murray—; es lo q-q-que hace la gente para resultar atractiva.

Murray pone el intermitente con cuidado, aunque no hay ningún otro coche en la calle, y baja temblorosamente por la escarpada pendiente hacia el 11 de Bayham Road.

—¿De veras crees que de esta manera vas a encontrar a alguien? —pregunta Xavier—. ¿Con no sé cuántas conversaciones breves en un bar ruidoso?

—¿Se te ocurre algo mejor?

Xavier suspira. Casi cualquier cosa sería mejor. Murray tendría que ver que, con su tartamudeo, está muy poco preparado para una cita de tres minutos. Obviamente, no será él quien le abra los ojos.

—Bueno, vale. Al menos estará bien poder tachar otra solución de la lista.

Al ponerse a andar, los pies se le hundían asombrosamente en la pila de nieve, como velas en la mantequilla de un pastel. Xavier mira atrás e intercambia un saludo con Murray.

Las Navidades pasadas, en una fiesta del gremio de la radiodifusión, una influyente productora —bajita, pechugona y con unos tacones altísimos— trató de convencer a Xavier de que dejara a Murray y se lanzara con su propio programa; algo que no ha dejado de sucederle desde que Xavier empezó a ganarse un nombre.

—¡No es por nada, pero te está frenando! —le gritó ella, poniéndose de puntillas y echándole a la cara el aliento agrio de cóctel. Era de esas mujeres que le gritan a todo el mundo, como si, por ser tan diminuta, estuviera acostumbrada a transmitir sus palabras a una gran distancia—. Te está frenando... ¿cómo se llama?

—Murray.

—Exacto, guapo.

Agarró a Xavier de la muñeca como si fueran a bailar o a besarse. Él, que no es un habitual de las fiestas de empresa, a menudo se siente desconcertado por la familiaridad poco apropiada de la gente que detenta el poder en su gremio.

—El otro día estuve hablando sobre ti en una reunión. —Mencionó a un par de mandamases—. Deberías pensarte lo de la tele. En serio, quedarías fantástico por cámara, o si prefieres la radio hay muchas otras cosas. Pero necesitas ir por tu cuenta.

Xavier miró inquieto al otro lado de la habitación, donde Murray oscilaba alrededor de un grupo, intentando sin éxito colar algún comentario dentro de una conversación fluida.

—Me lo pensaré.

—Hazlo. —Y le metió una tarjeta de visita en la mano. Él se la guardó en el bolsillo del pantalón y ahí sigue, dentro del armario.

Por supuesto, no le transmitió la conversación a Murray; como siempre que se daban estas situaciones, le dijo que solo hablaron de chorradas.

Xavier observa a Murray, con su torpe obstinación, llevar el coche cuesta arriba con una serie de chirridos y saltos.

Ya en la cama, en una antesala entre pensamientos y sueños, la mente de Xavier se ve arrastrada de nuevo a la conversación en el coche, y se acuerda del día que se cambió el nombre, dos semanas después de aterrizar en Londres. El proceso en sí fue sorprendentemente trivial: cuestión de rellenar unos formularios, llevarlos a una gris oficina de Essex y esperar la confirmación por correo días después. Pero el hecho en sí de escoger su nuevo nombre de entre las opciones infinitas había sido bastante desalentador.

Primero se centró en las nuevas iniciales, XI. Varias cosas parecían apuntar en esa dirección. Para empezar, «Xi» era una palabra, poco conocida pero válida, con la que ganó un campeonato de Scrabble la misma semana que se cambió el nombre. Por supuesto, estas letras también significaban «once» en números romanos, cifra a la que siempre había estado inexplicablemente ligado: no le sorprendió acabar viviendo, como vive, en el 11 de Bayham Road. Xavier fue uno de los pocos nombres de pila que conocía que cumplieran el requisito; Ireland, el apellido que eligió, tampoco tenía un significado especial. Pero en conjunto, le pareció que Xavier Ireland funcionaba bastante bien: original y exótico, pero verosímil.

Cambiarse el nombre le había parecido importante porque el viejo, Chris Cotswold, había jugado un papel decisivo en las relaciones clave de su vida hasta entonces. Conoció a sus tres mejores amigos, Bec, Matilda y Russell, porque sus apellidos iban seguidos en la lista alfabética de cuarto curso. Los distribuyeron en grupos y les dieron a representar una fábula de Esopo. Chris, como se llamaba entonces, tomó el mando: designó como zorro a Bec, que a los nueve años ya vestía bien con sus leotardos y sus zapatos rojos; a Matilda, que llevaba trenzas, como la oveja; y al rechoncho Russell como el barco que los conduciría a través del río. Cuando se pusieron a ensayar, a Matilda empezó a sangrarle la nariz. Xavier no olvidará el ominoso goteo sobre las baldosas, ni el pequeño, se-

reno y pecoso rostro de la niña, semejante a un mapa de carreteras sucias y sanguinolentas. Matilda se sentó, con su indiferencia de nueve años, mientras las gotas caían de su nariz como lluvia sobre cristal.

Chris hurgó en el bolsillo de su pantalón corto y sacó un mugriento pañuelo de papel para ofrecérselo.

—Iré a decírselo a la señorita Hobson.

—No, no vayas. Ya ha parado.

—No es para chivarme, es porque... nos puede ayudar.

—Por favor, no se lo digas.

Lo agarró del brazo y él se quedó donde estaba. Acababan de dar el primer paso hacia el que sería su primer beso, en una barbacoa a los quince años.

Con la taciturna eficiencia que a veces demuestran los críos, el grupo coincidió en quitar importancia a la hemorragia trabajando aún más concienzudamente en la representación. Aquella tarde, Chris, Matilda, Russell y Bec fueron juntos a la parada del bus, y nadie más se atrevió a hablar con ellos. Chris estaba tan feliz que no pudo dormir: tenía una pandilla.

La pandilla de los cuatro, tal como los llamarían sus amigos mutuos, se convirtió en una institución. Bec era elegante y metódica; Matilda, pecosa y desaliñada, siempre con las medias agujereadas y camisetas demasiado grandes o pequeñas; y Russell, lento y pesado, necesitaba constantemente que Chris lo ayudara con los deberes. Russell y Bec se convirtieron en pareja a los catorce años; a partir de aquel momento, el rostro fornido del chico adoptó la expresión permanente de un hombre que ha encontrado a alguien muy por encima de sus expectativas. Chris y Matilda tardaron un poco más. Aseguraban que su amistad era demasiado preciosa para arriesgarse a tener un romance. No obstante parecía una cuestión de tiempo, porque era el único desenlace con sentido. Los cuatro se iban de vacaciones juntos, cogían juntos trabajos voluntarios e iban en grupo a las fiestas e incluso a las bodas, como una sola persona. En veinte años, apenas se perdieron de vista unos a otros durante más de un día.

Tras concederse un instante para la nostalgia, Xavier logra

caer en el sueño, pero, como muchas otras veces, este lo vuelve a llevar a Melbourne. Está en el jardín botánico con la pandilla de los cuatro, además de Michael, el bebé de Bec y Russell. Michael da unos cuantos pasos vacilantes persiguiendo un pájaro de pico largo; sus pequeñas piernas se interponen una ante la otra y cae. Todo el mundo se ríe, pero se ha hecho daño y empieza a llorar. Xavier no está del todo inmerso en el sueño en ningún momento: aun cuando lo contempla, parte de su cerebro sabe que no está ocurriendo de verdad, que no podría ocurrir nunca, y hace un esfuerzo consciente por salir de él.

Finalmente, unos golpes apremiantes en la puerta le arrancan del sueño y de la época desaparecida que se desvanece trémulamente. Se sienta en la cama. Los golpes paran y vuelven a empezar. A través de las cortinas corridas llega un tenue resplandor blanco, y se acuerda de la nieve de anoche. Con la camiseta y los calzoncillos con que dormía, Xavier se tambalea hasta la puerta y la abre con cautela.

Al principio le parece que no hay nadie. Pero entonces baja la vista y ahí, a la altura de su rodilla, ve a un niño de tres años que, más bien desconcertado ante el éxito de sus golpes, se pregunta qué más hacer. Xavier y Jamie —que vive en la planta baja y un día desarrollará un anticuerpo contra dos clases de cáncer— se miran. Antes de que ninguno pueda decir nada, la madre de Jamie sube las escaleras y aparece en el rellano.

—¡Ven aquí, Jamie! ¡Jamie! —chilla, y luego le dice a Xavier—: Lo siento mucho.

—No pasa nada —contesta él.

—¿Por qué molestas a este señor? —regaña a su hijo, que se resiste enérgicamente a sus intentos de cogerle la mano—. Vámonos. —Jamie grita algo sobre la nieve—. Sí, saldremos a ver la nieve en cuanto a mamá le traigan el paquete.

Jamie sacude la cabeza y le pega a un radiador con su pequeño puño: el paquete no es ni por asomo una excusa suficiente. Gime y brinca como un perro con la correa demasiado corta. Su madre, que se llama Mel, le hace una mueca a Xavier:

—De verdad que lo siento.

—No pasa nada —dice Xavier.

Se miran unos segundos, incómodos. Mel está avergonzada porque esta es otra muestra de su ineficacia a la hora de controlar a su hijo. Xavier se siente violento porque, aunque Mel sabe que él trabaja de noche, resulta embarazoso el hecho de que se acabe de levantar de la cama cuando es evidente que la otra persona lleva despierta y vestida varias horas. Mel se siente mala madre porque no hay ningún padre para llevar a Jamie a ver la nieve, porque su matrimonio acabó, y mal, el año pasado, y aún no ha superado la sensación de que todos los que lo saben tienen una opinión negativa de ella. Después de tanta incomodidad sobrellevada en silencio, los dos se sonríen con timidez y Mel desaparece escaleras abajo con Jamie a remolque.

El historial de travesuras de Jamie se remonta a mucho antes de que el marido de Mel se marchara; casi a la noche, que Xavier recuerda muy bien, en que un taxi aparcó delante y la futura expareja emergió triunfante con su nuevo tesoro dentro de un moisés. Xavier, que esa noche no tenía programa —así que sería un viernes o un sábado—, se maravilló de lo minúsculo que podía ser un humano, y de cómo aquella cosa inerte, cuyas uñas casi no se veían de tan pequeñas, podía tener toda una complicada vida planificada ante él. Eso si es que las vidas están planificadas de antemano, como a Xavier le gusta creer.

El nuevo residente del número 11 de Bayham Road empezó a causar impresión casi desde esa primera noche. Cuando Xavier regresó del programa a las cuatro y media de la madrugada, la luz de la planta baja seguía encendida, y las siluetas de los cansados padres primerizos titilaban contra la ventana. Por la mañana, Xavier oyó a Keith, el marido, arrastrar los pies de camino al trabajo, y después sus agotadas discusiones a primera hora de la noche. Pero, más allá de armar jaleo, Jamie tenía una aptitud especial para portarse mal. Sentado en el vestíbulo, se comía la portada del listín telefónico cuando lo acababan de entregar. Con sus deditos regordetes pellizcaba un cuadrante del contador de la luz y lo ponía a cero, cosa que confundía al que iba a leerle y acababa compor-

tando una multa para todos los residentes. Se agazapaba en la escalera y tendía una emboscada a los visitantes dándoles en la rodilla con un taladro de juguete o con un coche de bomberos. Lo más preocupante es que, últimamente, ha cogido la costumbre de salir disparado cuando ve la puerta abierta, como si quisiera ir a la transitada calle que pasa ante la casa con sus tres pisos apilados.

Su madre lo va persiguiendo a todas partes, siempre tres segundos por detrás y esforzándose por quitarle de la boca el objeto de turno o impedirle el avance hacia un nuevo peligro, y disculpándose con una mueca ante cualquier testigo.

Ahora ya no hay forma de volverse a dormir, piensa Xavier, aunque hacía muy poco que se había acostado. Escucha los gritos de unos niños algo mayores que Jamie en el exterior. La mayoría de colegios de la zona están cerrados. En el piso de arriba no se oye nada: Tamara, la funcionaria del Ayuntamiento que vive ahí, ya se habría marchado a estas horas, taconeando al pasar frente a la puerta de Xavier. Pero, como más de la mitad de la población activa de Londres, hoy no irá a trabajar. Hoy es un día fuera de lo común.

En la cocina, el fregadero es una maraña de vasos y platos sucios, y los armarios contienen varios alimentos que ya dejaron atrás su esplendor. Xavier alquiló este piso hace casi cinco años, y no es que en sus manos se haya deteriorado, pero sí ha caído en una especie de sopor. «Quizá si tuviera novia me esforzaría un poco más», piensa, y se acuerda de que hoy ha quedado para una noche de citas rápidas. Mientras pone agua a hervir, lamenta la capacidad de persuasión de Murray, o lo que sea que fuera, puro patetismo tal vez. La noche, como todas las fiestas de solteros, ya tiene de entrada un aura deprimente. Tal vez se cancele por culpa del tiempo, aunque lo duda: la gente que es lo bastante atrevida como para apuntarse a noches de solteros no suelen amedrentarse ante una helada, ni aunque sea de este calibre.

A primera hora de la tarde, Xavier sale al colmado. El cielo es solo una masa incolora, que cuelga inmóvil sobre Londres como si se avergonzara un poco de su arrebatado de anoche. En las aceras, pedazos de hielo resbaladizo se intercalan con capas

de lodo pisoteado. El aire es frío al tacto como cubiertos en un cajón olvidado. Xavier no saca las manos de dentro de las mangas de su abrigo. El dueño de la tienda, un indio felizmente barrigón de mediana edad que morirá dentro de tres años, guarda los artículos de Xavier en una bolsa de plástico antes de que él pueda decir que ya ha traído una. Por no parecer cutre, opta por callar.

De vuelta a casa, Xavier se da cuenta de que hay un altercado al otro lado de la calle. De un puñado de chaquetas negras se eleva un coro áspero: las voces cuidadosamente moduladas de unos adolescentes, agrupados en torno a lo que parece una especie de bulto en el suelo. A medida que se acerca, Xavier ve que en realidad ese bulto es otro chico, que se retuerce mientras otros cinco le tiran bolas de nieve a la cabeza por turnos. El chico atacado, algo más pequeño que el resto, suelta un grito estridente e intenta ponerse en pie, pero cada vez lo empuja de vuelta al suelo alguno de los matones. Sus gritos se convierten en graznidos y sollozos. Uno de los chavales más grandullones se aleja y se agacha para recoger nieve con ambas manos; luego la comprime entre sus guantes y la arroja a la cabeza de la víctima. Hay un cacareo colectivo. Ahora la víctima parece una tienda desmantelada, desparrada a los pies de sus agresores y medio oculta por pedazos de nieve.

Xavier lanza una mirada furtiva alrededor: no hay nadie más para intervenir. Avanza hacia el grupo. Están recogiendo más nieve y no le hacen caso. Él se aclara la garganta.

—Parad ya —dice, y su voz, normalmente retumbante, sale aflautada e indecisa al aire helado.

Dos de los chicos alzan la vista. Xavier siente un escalofrío: son mayores y más corpulentos de lo que creía, y tendría muy poco que hacer si todos se volvieran contra él.

—Que te den por culo —dice uno de los chavales.

—Dejadle en paz —insiste Xavier.

Ahora le están mirando todos.

—¿Qué piensas hacer? —El cabecilla, que es quien lanza el desafío, tiene un bigote incipiente, mirada malvada y una boca laxa y desdeñosa.

Xavier vacila.

Otro de los chicos hace como si fuese a cargar contra él, dando cuatro o cinco pasos rápidos con el brazo extendido. Xavier se estremece y todos se ríen. Xavier se está hartando de la situación y quiere salir de ella. Ya tiene treinta y muchos, y los chicos tienen menos de la mitad de su edad; «sin embargo —piensa irritado—, me dan miedo».

—Vosotros dejadle en paz —repite, pero entonces da media vuelta y se aleja, y las mejillas se le encienden al oír la risa estridente y triunfante a su espalda.

Abandona la escena lo más deprisa que puede, sin girarse a ver el tormento ininterrumpido del chico. Ya en la seguridad del 11 de Bayham Road, cierra de un portazo, se sacude la nieve de los pantalones y sube las escaleras, pasando de largo la planta baja en la que un programa de televisión tiene a Jamie apaciguado. «¡Allá vamos, allá vamos, allá vamos chicos!», se oye cantar a una mujer con voz forzada y febril.

Durante la tarde repasa el incidente con malestar, sintiendo que podría haber hecho mucho más. Desde luego, también menos: podría haber ignorado la escena. Aunque quizás eso hubiera sido mejor que su intento a medio gas. Se pregunta en qué estado llegará el chico a casa, pero descarta las conjeturas de inmediato. Devuelve a la vida la cocina de gas y pone a calentar una cacerola de sopa.

Tal vez para contrarrestar el poso de culpabilidad que ha dejado el suceso, Xavier dedica una parte de la tarde a ponerse al día con los correos electrónicos que le envían los oyentes. Después del programa siempre da una dirección para todas esas personas que no han podido conectar en directo, y ahora su deber de escuchar se extiende más allá de la frontera del programa en sí. Xavier siempre intenta limitarse a una sola respuesta por persona para evitar verse arrastrado a largos intercambios con gente a la que en realidad no conoce, porque no hay tiempo suficiente y ya está; después de eso, envía una respuesta estándar dirigiendo al consultante a otras fuentes de ayuda. También aquí podría hacer más, pero también podría ignorar todos los correos si le viniera en gana.

El lunes es el día con más e-mails: el tiempo libre del fin

de semana propicia confesiones angustiadamente detalladas y expresiones de soledad particularmente intensas. Esta noche, la mayoría de mensajes son de una índole más práctica:

Xavier, ¿qué harías si tu mujer se hubiera emperrado en ponerse un bikini y tú quisieras decirle —suavemente— que su figura no la acompaña?

Tiene que ayudarme. Debo más de 50.000 libras. Mi mujer no lo sabe, ni los niños, ni nadie.

Reta al del bikini a averiguar si no es su propia vanidad lo que está realmente en juego; y anima al de la deuda a confesárselo a su esposa.

Las personas con problemas siempre han buscado instintivamente a Xavier, o bien él las ha atraído con una especie de magnetismo involuntario. Es de los que siempre acaban escuchando las quejas de un taxista, o asintiendo en un ascensor a las penas de un desconocido repentinamente locuaz. A lo mejor ayuda que las mujeres le encuentren guapo (las confidencias suelen tener algo de seducción, sobre todo las muy delicadas), o a lo mejor es solo que tiene la rara habilidad de guardar silencio. En cualquier caso, Xavier estaba acostumbrado a escuchar a la gente mucho antes de que eso formara parte de su trabajo; de hecho, empezó a desarrollar el hábito cuando aún se llamaba Chris.

Cuando tenía veintitantos años, Chris se pasó más de una hora hablando en la calle con un completo desconocido. Era una noche de primeros de octubre y Melbourne se estaba poniendo a tono para el largo verano que le aguardaba. En el aire se olía el presagio del calor; el cielo era de un azul pálido y la luna, más pálida aún, colgaba perezosa de él. Chris rodeaba la cadera de Matilda con el brazo: todavía no eran pareja oficial, pero estaban en esa época tan excitante de toqueteos cariñosos, bromas privadas y motes. Él notó el cierre del sujetador a través de la vieja camiseta de Nirvana de la chica. En la esquina de Brunswick con Johnston Street, los otros tres se fueron en una dirección y Chris en otra, a buscar el tranvía.

En la parada había un viejo vagabundo con una gorra de béisbol y una lata de cerveza en la mano. Chris, muy educado, lo saludó y ambos permanecieron callados unos minutos, viendo los tranvías alejarse hacia el otro lado de la calle. A su espalda, una chica pegaba carteles de una banda de rock en una pared de ladrillos. Chris pensó en Matilda, a la que había ido a ver el día anterior a una competición de salto de trampolín. Con cada salto que daba hacia el cielo, él se imaginaba brincando y pescándola en el aire. El viejo se puso a cantar en voz baja mientras miraba a Chris con expresión amistosa. Parecía borracho pero inofensivo: uno de esos tíos que han bebido tanto a lo largo de su vida que en realidad ya no se pueden emborrachar, pero tampoco parecen nunca sobrios del todo. Le guiñó el ojo a Chris.

—¿Has tenido un buen día?

—No ha estado mal. Acabo de salir del cine.

—¡El cine! —El viejo se rio entre dientes—. ¿Sabes cuánto hace que no voy? —Se secó la boca con el dorso de la mano—. Yo diría que unos veinte años.

Como no sabía qué responder, Chris preguntó:

—¿Y... y a usted cómo le ha ido el día?

—¿Sabes qué? —dijo el desconocido—, el mes que viene cumplo ochenta años. No está mal, ¿eh?

—No, no está nada mal —reconoció Chris.

—Cuando llegas a mi edad, hay un montón de cosas en las que no quieres pensar. Así que yo hago esto: tengo un sótano en mi cerebro y lo meto todo ahí. ¿Me entiendes?

Sostuvo con torpeza un cigarrillo; con mano temblorosa se sacó del bolsillo un mechero viejo. Chris cogió el cigarrillo y se lo encendió.

—Entonces pienso: «Eso ya está en el sótano» —continuó el hombre—. Y no entro allí nunca. Está cerrado con llave, incluso para mí. Y no sé dónde está. —Le sonrió a Chris, mostrando una dentadura sorprendentemente cuidada.

Los tranvías pasaban traqueteando. Durante la hora siguiente aquel hombre le explicó a Chris que su mujer murió joven y su hermano, del ejército australiano, murió en acto de servicio en 1944. Sus dos hijos le salieron torcidos: uno podría

haber sido jugador de fútbol, pero era demasiado vago; el otro se fue a Francia y se metió, en palabras del hombre, «en arte y drogas, ya sabes». El negocio del tipo, una tienda de comestibles, se fue constriñendo por la llegada de nuevas cadenas hasta que se extinguió en el transcurso de un par de décadas. Al entrar en la cuarentena, el hombre se dio cuenta de que le atraían los chicos jóvenes y de que nunca sería capaz de satisfacer semejantes ansias. A mediados de los setenta desfalcó una buena suma para dar una inyección a su negocio, y cuando se supo, más de diez años después, el que fue a la cárcel fue uno de sus mejores amigos. Etcétera.

—Sí, la mayoría de cosas me han ido mal —concluyó con otra de sus blancas sonrisas—. Y ya sé que todo eso ocurrió; te lo acabo de contar, ¿no? Pero no pienso en ello. No entro en el sótano. ¿Ves lo que quiero decir?

—¿Y alguna vez piensa abrir... el sótano? —preguntó Chris—. No sé, para sacárselo de dentro.

—Cuando sepa que voy a morir, quizás en la última hora, lo abriré y me dedicaré a pensar en ello, y me diré: bueno, ahora ya está, ¿por qué coño me preocupaba?

Cuando pasó el siguiente tranvía, el viejo, con los ojos súbitamente llorosos e implorantes, cogió a Chris de la manga y le pidió un dólar. Chris le dio un billete de diez y se subió al tranvía.

A medida que la amistad a cuatro se volvía más antigua y compleja, Chris asumió cada vez más el papel de líder extraoficial del grupo, de miembro más capaz. Solía ser Russell el que necesitaba ayuda: no sabía conservar ningún trabajo, ni siquiera uno en el que tuvo que disfrazarse de zanahoria y repartir folletos de un bar de zumos. Nunca tenía dinero. Y Bec no conseguía quedarse embarazada. La amistad de veinte años entre Chris y Russell fue, en muchos sentidos, una buena preparación para trabajar con Murray, pues eran muy parecidos: con algo de sobrepeso y mala suerte, inspiraban buena voluntad y cierto mal augurio, como un competidor deportivo al que todo el mundo anima aunque ya se sabe con certeza que va a perder.

Un día, en la cama, Matilda afirmó que, durante su amis-

tad platónica de quince años, nada le daba más ganas de arrancarle la ropa a Chris que —no supo encontrar una expresión mejor— su total amabilidad.

—Vaya, ¿te excitaba que fuese agradable con los demás?

—Que fueras agradable en general. ¿Tan raro es?

—¡O sea, que me podría haber ahorrado todo lo demás! Todo lo que hice para impresionarte, toda la ropa que me compré, fingir que me gustaba *Pretty Woman*... ¿Solo tenía que ayudar a viejecitas a cruzar la calle para que te enrollaras conmigo?

Ella se rio.

—Por favor, no lo estropees.

Xavier mira por la ventana; es una tarde apagada. Los coches, todavía cubiertos de nieve, parecen animales deambulando por un campo helado. Una pareja de mediana edad, con impermeables rojos a juego y muy finos para el frío que hace, se protegen pegándose el uno al otro mientras avanzan centímetro a centímetro por la acera resbaladiza. Xavier se pregunta si alguna de las mujeres de la noche de solteros notará esta amabilidad suya que se supone tan atractiva, y, de hecho, si aún la conserva. Ojalá no hubiera accedido a acompañar esta noche a Murray; o podría ser que al final lo cancelara.

Pero, como supuso desde el principio, la velada no se ve afectada por el clima adverso. Seis o siete personas no se han presentado, pero muchas otras han aparecido para ocupar sus sitios, a falta de otros incentivos en el centro de un Londres aislado por la nieve: cines y restaurantes están cerrados por escasez de personal. El escenario es una discoteca con sofás afelpados de terciopelo y luces bajas. En lo que sería normalmente la pista de baile se han dispuesto unas mesas formando un cuadrado.

Murray ha atacado sus densos bucles de pelo rizado mediante un cargamento de gel aplicado con poca pericia. Lleva una camisa de un rojo brillante, en cuyas axilas ya se están formando manchas oscuras. Parece aliviado al ver a Xavier. Los concurrentes se aglutinan con torpeza en torno a la barra hasta

que el maestro de ceremonias, un hombre negro y guapo con traje, empieza a hablar por un micrófono inalámbrico.

—Muy bien, chicos. A cada cual le han dado un número. —Murray tiene el 3; Xavier el 8, y no el 11, como le habría gustado—. Dentro de un momento os pediré que os sentéis a la mesa que lleva vuestro número. Ahí encontraréis a vuestra primera cita. Cada vez que se oiga la sirena —un sonido algo semejante a una bocina de coche—, los chicos pasarán a la mesa siguiente. Al final, escribís el número de la persona a la que queráis ver otra vez y nosotros os pondremos en contacto con ella. ¿Quién se apunta?

Si espera un asentimiento a coro a cambio de su discurso apresurado, se lleva una decepción: los participantes se dispersan y murmuran entre ellos.

—Buena suerte —le desea Xavier a Murray, y le da una palmadita en la rolliza espalda.

Durante la siguiente hora y media, hacen la ronda de la sala a toque de claxon, que a veces es una interrupción de la cita de tres minutos pero en general es un bien recibido escape. Cada vez que suena, hay un arrastrar colectivo de sillas y un acartonado movimiento en masa y redistribución en las mesas. Todo el asunto tiene un aire de transacción preestablecida, de ejercicio planificado, más que de intercambio de emociones; cosa que, probablemente, es lo que atrae a la gente, piensa Xavier.

4: ¿Y cuáles... son tus aficiones e intereses y esas cosas?

Xavier: Juego a Scrabble.

4: ¿Scrabble?

Xavier: Sí, en campeonatos. Scrabble de competición.

4: ¿Hay competiciones de Scrabble?

Xavier: Sí, es...

4: ¿No es eso de a ver quién sabe las palabras más largas?

Xavier: No necesariamente. Hay muchísimas tácticas.

Como, por ejemplo...

4: No, tampoco me interesa tanto.

Xavier: Ya.

9: ¿De qué trabajas?

Xavier: Soy..., esto..., crítico de cine.

9: Qué guay. ¿Y qué películas te gustan?

Xavier: Pues...

9: ¿Has visto las de Harry Potter?

Xavier: No.

9: Tendrías que verlas. En fin, tienes acento australiano, como yo.

Xavier: Sí, soy de Melbourne. Pero vivo aquí.

9: ¿Por qué decidiste marcharte? ¿Te gusta más esto?

Xavier: Es una historia un poco larga. Pasó algo y ya no podía seguir viviendo allí.

9: Vaya. ¿No te parece que cuesta mucho hablar con esta gente?

12: Soy limpiadora profesional. Trabajo dos días a la semana para una cadena de hoteles y cojo trabajos ocasionales para toda clase de empresas. Y también hago horas semanales para clientes privados. Cobro doce libras la hora. Es mucho para una limpiadora. Pero yo soy una limpiadora excelente. Perdón, me estoy enrollando. Soy muy parlanchina. Sobre todo con alguien nuevo.

Xavier: Yo necesito una limpiadora. Tengo el piso hecho un desastre.

12: Podría venir los sábados.

Xavier: Estupendo. Te pasaré mi dirección.

12: Perfecto.

Xavier: Bueno, tendríamos que seguir con el...

12: Creo que ya va a sonar la bocina.

22: Tu voz me suena mucho. ¿De qué puedo conocerla?

Xavier: No creo que la conozcas.

22: ¿Sales en la tele o algo?

Xavier: No

22: Ah. Te seré sincera: en realidad tengo novio.

Solo he venido a acompañar a una amiga.

Xavier: Igual que yo.

22: ¿En serio? ¿A quién?

Xavier: Ese. El de la camisa roja y el pelo rizado.

22: Ah, sí. He charlado a gusto con él. Pero ese tartamudeo...

Xavier: Ya lo sé.

El alivio se palpa en el aire cuando terminan las últimas «citas» y la velada pasa a ser una noche convencional de solteros. La zona alrededor de la barra acoge versiones menos constreñidas de las conversaciones mantenidas en las mesas. Un DJ empieza a pinchar clásicos de los años sesenta interrumpido de vez en cuando por el animador, que exhorta a todo el mundo a «salir a la pista». Xavier se encuentra con Murray, que se ha desabrochado unos botones de la camisa. Lleva el pelo separado en dos bandas; parte aún se mantiene en formación gracias al gel, pero otras zonas se alzan en focos de resistencia.

—Y ahora, a disfrutar de los precios de la barra —dice Murray.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunta Xavier.

—No-no-no ha estado mal. Un par estaban inter-er-sadas. Ya veremos. ¿Y tú?

—He contratado a una limpiadora. Así que no ha sido una completa pérdida de tiempo.

Ya son las diez, y a las doce estarán en el aire. Xavier sale a encargar un taxi mientras Murray hace cola en la abarrotada barra. No será la primera vez que hacen su programa bajo la moderada influencia del alcohol. Fuera, en la calle, Xavier aún oye los bajos de la música del interior. Piensa en las cuatro horas que le esperan en el estudio y luego repasa por encima los sucesos del día. La discusión con los chicos en la nieve le sigue dando la lata, pero se dice que tiene que esforzarse y quitárselo de la cabeza. No puede cuidar de todas las personas de Londres. Además, ya es agua pasada.